

EL PERIODISMO

de hoy

Por VICTOR DE LA SERNA (hijo)

AQUEL hombre alto y huesudo se caló las gafas, leyó el papelito de seda que le acababan de entregar y dirigiéndose a un muchacho jover que dormitaba en un sillón le dijo:

—García: hinche usted ese incendio y envíelo al taller.

García tomó la pluma y durante diez minutos no levantó la vista de las cuartillas que llenaba incansablemente y a una velocidad endiablada. Cuando terminó, tomó otro papel y escribió en él el título de la información: *Las llamas devoradoras*. Llamó al ordenanza, entregó el original y volvió a su sillón.

He recordado hoy este episodio que, siendo muy niño, presencié en una redacción madrileña, cuando apenas un grupo de hombres—en el que para mí ha sido el primero mi padre y maestro—se esforzaba en introducir en este país las modernas técnicas del periodismo.

No voy a insistir en la descripción de aquellas redacciones disparatadas donde todo se hacía desordenadamente y por las buenas, sin sistema ni organización, «a lo que saliese». En este mismo número de *MUNDO HISPÁNICO*, ilustres testigos de aquel tiempo—que yo alcancé inverosímilmente por razones familiares—lo han relatado mejor que yo.

Todos estos recuerdos me llegan ahora, cuando en mi redacción teclea, incansable, el teletipo y a su golpeteo agobiador se une de vez en cuando el sordo zumbido del tubo neumático. Casi veinte hombres trabajan en sus mesas o atienden desde las cabinas telefónicas llamadas continuas. Alguien grita indignado que la Telefónica nos ha retrasado nuevamente la conferencia con París, y desde una agencia gráfica avisan que han llegado—transmitidas por radio—las fotografías de un descarrilamiento en Nueva York.

Ciertamente que ya la redacción de un periódico madrileño no tiene el pintoresco color de aquellas de antaño cuando eran los diarios verdaderas tertulias ingeniosas y tremendas. Seguramente hoy apenas alguien cuenta un chiste o refiere una anécdota divertida. Pero, esa es la verdad, se trabaja mucho.

Ahora todo ha cambiado. Ya no se dice: «Hinche usted ese telegrama», sino: «Reduzca usted ese telegrama a la mitad». Ya no se utilizan en la literatura periodística los largos preámbulos farragosos, sino que el redactor-jefe grita a sus hombres: «¡Empiecen lo más cerca posible del punto final!». Ya no se envía el original a la imprenta con la vaga indicación de «suelto» o «a primera página», sino que el confeccionador tiene desplegadas en su larga mesa las maquetas de las páginas donde van encajándose las informaciones matemáticamente. Se abolieron las fotografías de banquetes con todos los comensales plantados estúpidamente alrededor del homenajeado al que se solía señalar con la infame equis; ahora el director pondrá el grito en el cielo si el fotógrafo no ha logrado el *close up* del personaje en cuestión, cuando le está contando confidencialmente una historia a su vecino de mesa. Ahora, en fin, se acabaron aquellos títulos estereotipados y que cada redactor guardaba en su pluma como recurso indiscutible: *El drama de los celos*, *Criada infiel*, *La situación política*, *La nocturna de anoche* (así se referían muchos periódicos de hace treinta años a las corridas nocturnas, y no es broma), y ese otro que he mencionado al principio de mi crónica y que era el tópico supremo para las noticias de incendios: *Las llamas devoradoras*.

Hoy se hila muy delgado en esa materia y es normal que la titulación en los periódicos esté a cargo de especialistas. En este punto, la prensa española, ha logrado verdaderos hallazgos y en muchos casos ha incorporado un estilo propio a sus columnas. En general, la titulación actual en los periódicos del país está en un punto medio entre la norma clásica dictada por las escuelas de periodismo (es decir, expresión del «qué», «cuándo», «dónde», «cómo», «quién» y «porqué») excesivamente amplia y—como de procedencia norteamericana—pensada para lectores de títulos, exclusivamente, y la titulación francesa o italiana, por ejemplo, construida a base de frases «con recámaras», incisiva y efectiva por muchas veces incomprensible.

En cuanto a la confección, ya he dicho que pasaron los alegres tiempos en que todo se dejaba al criterio—muchas veces inteligente, es cierto—del regente de la imprenta. Hoy, el confeccionador, es una pieza importantísima en un periódico y de quien depende muchas veces el éxito o el fracaso de un diario. Sobre este punto el avance logrado por la prensa española en los últimos años ha sido muy considerable y en esto todos los periódicos españoles tenemos una deuda que pagar a un periodista argentino, Ibrahim de Malcervelli, que introdujo en España las modernas técnicas de confección cuando debutó en Madrid con aquel espléndido *Ya* que dirigiera Vicente Gállego. «El gauchó» Malcervelli ha continuado después esa labor desde la Escuela de Periodismo y a él se deben unas espléndidas promociones de confeccionadores. Hoy día los periódicos son «trabajados» desde la mesa del confeccionador y no en la platina, aunque esta última siga siendo aún la piedra de toque del buen periodista, porque las noticias llegan implacablemente y no cuando conviene al diagramar la página. Pero el sistema de maquetas facilita y acomoda extraordinariamente el trabajo y sobre todo en la parte gráfica es indispensable.

Otro cambio radical operado en la prensa española es el referente a la información internacional, sector hoy importantísimo en nuestros periódicos y que antiguamente se despachaba con la más indescriptible indiferencia. Ahora las noticias de todo el mundo llegan a los periódicos con una profusión considerable y la atención de los directores se vuela diariamente sobre lo que ocurre en el mundo con el mismo interés que por lo local. De este interés ha nacido en nuestros periódicos el cultivo de las corresponsalías en el extranjero. sección cuyo éxito ha sido total y unánime. El corresponsal español en el extranjero, sirviendo por cable o por teléfono su información está a caballo también entre el tipo de enviado especial norteamericano, noticioso y estricto, y los viejos corresponsales literarios por los que resbalaba la actualidad como el agua por un cristal. El lector español quiere—y esto en los periódicos lo hemos comprobado innumerables veces—que el periodista que está en el extranjero le narre lo que ocurre allí y además que lo narre bien. En esta materia los periódicos españoles han logrado verdaderas novedades periodísticas.

Pero no todo ha sido mejora y esto también hay que decirlo. En todos los casos han mejorado los periódicos, en muchos ha descendido el nivel «reporteril». Las agencias de noticias han facilitado demasiado el trabajo y hoy, ante el suceso rápido e inesperado, no es fácil encontrar el tipo de reporter, tan frecuente hace unos lustros, vivo, audaz e incansable. Ignorante, inculto y disparatado si se quiere, pero sabueso extraordinario para la caza de la noticia o el hallazgo del detalle. Hoy, el periodismo en este país es más sólido, más formal y más solvente, pero seguramente ha perdido muchas de sus condiciones para la improvisación y la lucha para la noticia.

Hoy día las redacciones trepidan por el latir mecánico de las máquinas transmisoras de noticias, por el bullir de los jefes de sección y por el chillido constante de los timbres telefónicos. Pero ya se ha perdido seguramente para siempre la estampa un poco golfante, pero a veces tremendamente efectiva del redactor «que hace sucesos», entrando desoplado en la gran sala y diciendo a grandes gritos: ¡Director, hay tres muertos en un incendio en la Gran Vía!

Si esto ocurriera ahora lo más seguro es que el jefe, sin levantar la vista de su mesa, le respondiese: Hace una hora que nos lo ha dado Cifra...

